

Melba Falck Reyes y Héctor Palacios, *El japonés que conquistó Guadalajara. La historia de Juan de Páez en la Guadalajara del siglo XVII*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, Biblioteca Pública del Estado de Jalisco Juan José Arreola, 2009, 178 p.

José Gabino Castillo Flores*

El Colegio de Michoacán

La obra que ahora reseñamos es tan hija de la casualidad como de su tiempo. De la casualidad porque, como Melba Falck lo señala, el interés le surgió tras una conferencia impartida por el embajador japonés Eikichi Hayashiya¹ en Guadalajara, en la que hablaba de unos japoneses que vivieron en dicha ciudad en el siglo XVII. Noticia que a su vez le había llegado a este personaje, mientras fungía como embajador en Madrid, al leer un artículo publicado sobre el tema por Thomas Calvo en la *Revista de Indias* allá por 1983.² La visita de Hayashiya a Guadalajara en 2002 sería para Melba Falck, y poco después para Héctor Palacios, el inicio de una apasionante búsqueda por los archivos jaliscienses de las pistas de unos japoneses de los que hasta entonces poco se sabía.

Pero si esta obra es hija de la casualidad también podemos decir que es hija de su tiempo. En años recientes la historiografía se ha interesado en las relaciones trasatlánticas y transpacíficas que enmarcaron la historia de la Nueva España y de la Monarquía católica en su conjunto. Es por ello que *El japonés que conquistó Guadalajara...* llega en un momento en que se reconoce la importancia de estas dinámicas “globales” para explicar fenómenos que sólo son comprensibles a la luz de las políticas y los intercambios (humanos, comerciales, etcétera) a escala planetaria gestados bajo la Corona de Castilla a finales del siglo XVI. De manera que hablar de japoneses en Guadalajara se presentó también

* josegabinocastillo@hotmail.com

¹ Eikichi Hayashiya, “Los japoneses que se quedaron en México en el siglo XVII. Acerca de un samurai en Guadalajara”, en *México y la Cuenca del Pacífico*, volumen 6, número 18, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, enero-abril 2003, 10-17.

² Thomas Calvo, “Japoneses en Guadalajara: blancos de honor durante el seiscientos mexicano”, en *Revista de Indias*, vol. XLIII, número 172, 1983, 531-547.

como una excelente oportunidad muy acorde con estos intereses historiográficos.

¿Japoneses en Guadalajara? Efectivamente, los hubo; este libro cuenta la historia de dos de ellos: Luis Encío y Juan de Páez. Contar su historia lleva obligadamente a contar la historia de las relaciones entre Japón y Nueva España que surgieron a fines del siglo xvi. El descubrimiento de Filipinas primero y la fundación de Manila después, fueron el inicio de estos contactos entre Nueva España y Asia. Desde entonces empezaron los intercambios comerciales y humanos que enmarcan la historia de este libro. El galeón de Manila, esta gran embarcación que traía y llevaba productos entre Filipinas y Nueva España, empezó su travesía a lo largo del pacífico en los años setenta del siglo xvi. Japón, aunque más al norte de estas islas, se volvió punto obligado pues las embarcaciones españolas debían subir hasta sus aguas para tomar la ruta de regreso a Nueva España. En las dos últimas décadas del siglo xvi Manila se convirtió en un centro de intercambio comercial donde convergían productos y personas de diversas partes de Asia, América, África y Europa.

A esto se suman las relaciones propiamente con el Japón. Desde mediados del siglo xvi, llegaron los primeros misioneros con miras a evangelizar a la población, primero jesuitas y luego franciscanos, dominicos y agustinos. A inicios del siglo siguiente llegaron también los primeros embajadores con miras a establecer acuerdos comerciales. Pero ni unos ni otros tuvieron mucha suerte. En 1598 subió al poder, luego de guerras intestinas, el señor feudal Tokugawa Ieyasu quien no fue tan amigo de los cristianos, en especial, cuando en 1614 empezó la erradicación del catolicismo en tierras niponas. A partir de entonces empezó un éxodo de japoneses conversos y de europeos radicados en Japón que tuvieron que instalarse en Filipinas y China huyendo de las persecuciones.

La historia de Luis de Encío y Juan de Páez empieza aquí precisamente. No se sabe a ciencia cierta el momento en que estos personajes llegan a la Nueva España. Es posible que lo hicieran en alguna de las embarcaciones que llevaron a embajadores de regreso a Nueva España o en alguno de los galeones de Manila, en todos estos viajes muchos japoneses cruzaron el Pacífico y no todos regresaron. Ya por huir de las

persecuciones religiosas, ya por iniciar una nueva vida y buscar mejores oportunidades, varios de estos personajes terminaron radicando en tierras novohispanas y novogalaicas.

De acuerdo con los autores es poco lo que se conoce de Luis de Encío. Se sabe que nació por 1595 y llegó a tierras novohispanas entre 1614 y 1620 a la edad de 20 o 25 años. Es posible que antes de radicar en Guadalajara lo haya hecho en el pueblo de Ahuacatlán donde pudo haber iniciado su carrera comercial como buhonero (vendedor ambulante). Si los datos son correctos fue en ese pueblo donde contrajo matrimonio con su esposa, una indígena llamada Catalina de Silva, y donde nació su única hija: Margarita de Encío. Más tarde y con mejor situación económica se habrían mudado a Guadalajara donde en 1634 firmó un contrato como socio de Francisco de Reinoso para atender una tienda. La suerte de Encío mejoró en la década de los cuarenta. En 1643 lo vemos obteniendo el estanco del vino de cocos y mezcal y como proveedor de gustos comestibles que el presidente de la audiencia compraba para su esposa. En 1647, además, lo encontramos firmando una nueva sociedad ahora con Francisco de Castilla “chino”, pero esta vez como socio mayoritario.

Ahora bien ¿qué tan común fue ver japoneses viviendo en Guadalajara? En un principio parecería que poco. Sin embargo, debemos recordar que la sociedad colonial del siglo xvi fue multiétnica. Lo mismo se veían españoles, portugueses, indios, negros, chinos, filipinos o japoneses, entre otros, en las calles de las diversas ciudades. Como bien advierten los autores siguiendo a Thomas Calvo, Guadalajara estaba lejos de ser una sociedad xenófoba siempre y cuando los extranjeros se adaptaran a la vida local. Además, el éxito profesional era respetado sin importar el lugar de origen. Recordemos, además, que la Nueva España es tierra de contactos mercantiles y humanos igual con Asia que con América del sur, Europa o África. De ahí que los autores encuentren, tan sólo en los registros sacramentales, la presencia de por lo menos unos 20 personajes señalados como chinos y japoneses a lo largo del siglo xvii. De manera que Luis de Encío fue uno más de estos inmigrantes que llegaron para quedarse. Su matrimonio con una india habla también de las muchas formas en que se constituyeron los matrimonios en estas sociedades novohispanas multiétnicas. Encío permite

también reconocer su duro trayecto y las estrategias que implementaron estos extranjeros para insertarse en la sociedad virreinal.

Fue también a Guadalajara donde Juan de Páez llegó posiblemente siendo apenas un niño. Gracias a su testamento los autores pueden decir que Páez nació por 1608 y llegó a la Nueva España cuando tenía unos 10 años de edad. Fue en esa ciudad (no sabemos cómo ni cuándo) donde conoció a Luis de Encío. Su origen común debió ser motivo para que estos personajes establecieran primero lazos de amistad y luego de parentesco al casarse Juan de Páez con Margarita de Encío entre 1635-1636.

Si de estrategias socioeconómicas se trata, Juan de Páez fue un experto. Integrado a la cultura occidental desde pequeño, posiblemente en los colegios jesuitas, este personaje escaló rápidamente en la jerarquía social y se posicionó como parte de la elite en la Guadalajara del siglo XVII. Como bien advierten los autores, a pesar de que en la documentación Páez aparece con frecuencia como comerciante, su verdadera importancia radicó en sus habilidades como administrador. Desde la década de los cuarenta vemos a este personaje administrando bienes y préstamos, arrendado diezmos, especulando con plata, realizando trámites burocráticos, vendiendo y alquilando tierras e inmuebles, etcétera.

Pero quizá lo más importante de su vida como hombre de negocios fue la obtención del puesto de mayordomo de diezmos de la catedral de Guadalajara a partir de 1654, cargo que ocuparía hasta su muerte en 1675. Desde esta posición Páez se acercó y se ganó la confianza del clero jalisciense. Las redes sociales de Páez pueden comprobarse al analizar sus labores como albacea desde 1640 hasta su muerte. Diversos personajes, la mayoría eclesiásticos, le confiaron sus últimas voluntades y la administración de sus bienes. Entre éstos destacan varios miembros del cabildo catedralicio, comerciantes acomodados y un oidor de la Real Audiencia: don Jerónimo de Aldas y Hernández.

Después de lo anterior quizá se deba pensar dos veces antes de repetir la afirmación de que en la cúspide de la sociedad virreinal estaban los españoles. La Nueva España fue una sociedad compleja donde diversos actores entraron en juego y donde muchas estrategias sociales, políticas y económicas determinaron el orden de las cosas. Juan de Páez es un ejemplo de esto. Al frente de una familia con 9 hijos y trece nietos, creó

una célula familiar compleja a la que se integraron españoles como cónyuges de sus hijas y más de 28 esclavos y esclavas a lo largo del periodo estudiado por los autores.

Luis de Encío no corrió con tanta suerte. Murió pobre a los 71 años luego de que sus negocios vinieran a menos. En su testamento de 1666, año de su muerte, deja como albacea a su yerno Juan de Páez bajo cuyo socorro parece que vivió sus últimos años. Pero si bien Luis de Encío no fue tan afortunado como Páez, sí tuvo el mérito de ser el eje que articuló a varios de los orientales llegados a Guadalajara tras los primeros contactos de la Nueva España con Asia. Sus filiaciones étnicas y sus redes sociales lo llevaron a casar a su hija con el que poco después se convirtió el japonés más exitoso de la Guadalajara del siglo xvii. Por su parte Juan de Páez murió a la edad de 79 años en 1675. Fue enterrado en la catedral igual que su suegro. Páez y su familia, gracias a sus lazos con el clero, tuvieron un espacio asignado por la catedral al pie del altar del santo Cristo. Por desgracia, la historia de Páez acaba casi como empieza: envuelta en un manto de misterio. A pesar del gran esfuerzo de los autores, es poco lo que se ha logrado saber de él y de su suegro Luis de Encío. Profundizar en sus negocios y en sus redes sociales y de parentesco deberá quedar para otra publicación que esperearemos impacientes.

Los frutos y las sugerencias que la obra produce son bastantes. ¿Quiénes eran esos otros japoneses que radicaron en Guadalajara? ¿Hubo otros como Luis de Encío y Juan de Páez? ¿Qué pasó con los familiares que sobrevivieron a Páez? Y saliendo del espacio trabajado por los autores, habrá que cuestionarse en qué otras partes del virreinato hubo más japoneses y bajo qué circunstancias. Hemos de tener en cuenta también, lo hemos mencionado ya, lo complejidad de las sociedades del virreinato, sus estructuras y relaciones. Hoy la historiografía debe replantearse algunas cosas como que en la Nueva España hubo rígidas jerarquías raciales o que se trató de sociedades cerradas. Se trata más bien de sociedades dinámicas y flexibles cuyas realidades, además, deben ser vistas insertas en dinámicas “globales” mucho más complejas. La monarquía católica de fines del siglo xvi no tuvo fronteras inviolables, de ahí que los intercambios fueran comunes y constantes. Luis de Encío y Juan de Páez, así como los muchos japoneses y otros